

En definitiva, el análisis de las diferentes facetas creativas de Valera así como de sus ideas, lleva al autor de este trabajo a comprobar la conexión que existe entre lo teórico y lo práctico, entre su postura estética y sus propias obras de arte. El trabajo es, en suma, la argumentación de eso que el autor ha subrayado ya desde el título: «el idealismo sintético» de Valera. Sus principales afirmaciones quedan recogidas en unas páginas finales (*Conclusiones*, págs. 136-142), a las que siguen, cerrando el trabajo, la relación de obras consultadas y un índice analítico de autores y obras.

Un replanteamiento teórico de ideas que vienen jalonándose desde hace ya un siglo siempre es oportuno para revalorizar aspectos de la historia de la literatura española. Un estudio como éste aquí reseñado es especialmente importante por lo que supone de novedad y discrepancia —o de apoyo igualmente— respecto a la postura de otros críticos del escritor decimonónico como son, por ejemplo, García Cruz, Bravo Villasanté, De Coster, Bermejo Marcos, a los que toma en consideración Thurston Griswold en su examen de la teoría y la práctica de don Juan Valera.

JUAN CARLOS DÍAZ-AGUILAR PÉREZ

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: *Mi Rubén Darío (1900-1956)*; reconstrucción, estudio, notas críticas de Antonio Sánchez Romeralo, Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez, 1990.

Ya la historia de la vida literaria nos enseña con multitud de ejemplos que la genialidad de los grandes hombres ha estado siempre acompañada por la ad-

miración y la envidia de sus contemporáneos; en este sentido, la vida de Rubén Darío no fue una excepción. Muchos amigos y enemigos rodearon siempre al poeta, confundiendo con frecuencia las fronteras que debían de separar ambos bandos: nombres como los de Salvador Rueda, Luis Bonafoux, Fco. Villaespesa, Miguel de Unamuno o Clarín se contaron a veces entre sus defensores y a veces entre sus detractores: «Su amistad no me ha causado ninguna desilusión. No puedo, por desgracia, decir lo mismo de otros: G. Blanco dicen que escribió "horrores" —la palabra es de Villaespesa— contra mí, en Cuba; Candamo —¡Candamo!— me aseguran que me ha atacado en no sé qué periódico de Madrid; Villaespesa mismo no ha sido un modelo de consecuencia. Ignoro de otros. Pero, de mis jóvenes amigos de esa corte, no he tenido con excepción de V. gratas noticias. ¿Mi delito? Haber procurado ser noble, sincero y sencillo. Mi confianza misma ha sido mal comprendida...» le dice Rubén a su siempre fiel Juan Ramón Jiménez en carta recogida por Sánchez Romeralo en el libro que reseñamos (pág. 95). Porque el poeta moguerense sí se mantuvo firme a lo largo de toda su vida en sus sentimientos de amistad y respeto hacia el nicaragüense.

Nadie como Juan Ramón supo percibir la influencia que la poesía de Rubén Darío ejerció en las letras españolas, anquilosadas desde mediados del siglo XIX. Nadie como este poeta de Moguer reconoció un magisterio que llegó a estimular no sólo sus ansias personales de belleza sino también los de toda una generación de jóvenes talentos. Juan Ramón vio en Darío al nuevo maestro de la poesía española y así lo declaró en repetidas ocasiones: «Rubén Darío, uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos y de los menos comprendidos y más in-

justamente atacados por enanos literarios... Es indiscutible que Rubén Darío es el poeta más grande de los que actualmente escriben en castellano. Es caballeresco y es emocionante. Muerto Zorrilla, lejanos Bécquer y Espronceda, ¿qué gran aliento hay en esta lengua gloriosa, sino ese aliento de bronce o de rosa o de encanto, que da al viento *Azul ... y Prosas Profanas?*» (pág. 167); «La gente sigue ignorando quién es Rubén Darío. Rubén Darío es el poeta más grande que hoy tiene España. —Grande en todos los sentidos; aun en el de poeta menor—. Desde Zorrilla nadie ha cantado en esta manera. Y aun el mismo Zorrilla abusaba de las notas gordas. Este maestro moderno es genial, es grande, es íntimo, es musical, es exquisito, es atormentado, es diamantino. Tiene rosas de la primavera de Hugo, violetas de Bécquer, flautas de Verlaine, y su corazón español. Vosotros no sabéis, imbéciles, cómo canta este poeta» (pág. 170).

Rubén agradeció de diferentes maneras la fidelidad y los elogios de Juan Ramón y así le dedicó numerosos poemas, le hizo depositario de muchos de sus manuscritos y le encargó, junto con Martínez Sierra, el cuidado de la edición de *Tierras Solares*. Además le confió la ordenación y publicación de *Cantos de vida y esperanza*, llegando incluso a aceptar la propuesta, bastante descabellada como reconocería años más tarde el propio Juan Ramón, de publicarlos, en un solo volumen, con *Jardines Lejanos*: «Con mi ciego entusiasmo de muchacho, yo le había propuesto a Rubén Darío que sus magníficos *Cantos de vida y esperanza* y mis fugaces *Jardines Lejanos* salieran juntos. A él, que comprendió, sin duda, el sentimiento que me movía y sabiendo que yo sabía poner cada cosa en su lugar, le agradó la idea» (pág. 109).

Fruto de la larga y cariñosa amistad que unió a ambos poetas es el libro *Mi Rubén Darío (1900-1956)*. Durante años tuvo Juan Ramón la intención de publicar reunidos sus recuerdos sobre Darío, la correspondencia que existió entre ambos y los poemas que le dedicara Rubén. Pero el proyecto, que pasó por distintas etapas y versiones, quedó sin editar, al igual que otros muchos de los imaginados por el poeta moguerense. Él mismo se lo reconocía a Ricardo Gullón: «Esta es mi tragedia. Me desborda la capacidad creadora» (Ricardo Gullón: *Conversaciones con Juan Ramón*; Madrid: Taurus, 1958, pág. 85).

Sin embargo, en este caso, Juan Ramón ha contado, muchos años después de su muerte, con la ayuda inestimable de Sánchez Romeralo quien con su esfuerzo y sabiduría ha hecho posible la publicación de este volumen. Desde el primer planteamiento del libro en 1923, que hubiera debido aparecer con el título *Cartas y versos a Juan Ramón Jiménez, 1900-1922*, como volumen 6.º de la «Biblioteca Definición y Concordia» de la revista *Índice*, hasta el proyecto final que ha servido de guía en su reconstrucción, el propósito de Juan Ramón se fue haciendo progresivamente inasequible. A pesar de la preocupación que en todo momento demostró el poeta por la conservación y el cuidado de su herencia dariana, para cuyo fin la donó a la Biblioteca del Congreso de los EEUU, en Washington, no todas las cartas ni todos los autógrafos de *Cantos de vida y esperanza* fueron a parar a los fondos bibliográficos estadounidenses. La vida errante que se le impuso a Juan Ramón le impidió el tiempo y el orden necesarios para mantener organizados y accesibles todos sus materiales. Algunas cartas desaparecieron o se traspapelaron inexplicablemente tras posteriores investigaciones. Por lo que se refiere a los

autógrafos que Darío regaló a su joven amigo y que éste, a su vez, fue cediendo «a determinadas personas que las han solicitado de mí con noble deseo, y a otras para quienes yo pensaba serían posesión deleitable; posponiendo, como creo justo, a este goce más amplio, mi natural egoísmo de propietario único» (pág. 26), su dispersión llegó a hacer imposible el determinar cuáles y cuántos eran.

Las investigaciones de Sánchez Romeralo en la Biblioteca del Congreso en Washington, en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, en la Biblioteca de la Legislatura de la ciudad de La Plata, en Argentina, en el Archivo Histórico y la Hemeroteca Municipal de Madrid, así como su profundo conocimiento de la vida, la obra y los estudios sobre Juan Ramón han permitido, por fin, ordenar tanto desorden.

Por primera vez se publican completas las cartas que cruzaron Juan Ramón y Rubén Darío. La fijación cronológica que Sánchez Romeralo consigue establecer, corrige errores tradicionales que la crítica ha venido repitiendo; aclara, por ejemplo, el verdadero motivo por el que Rubén Darío viaja a Andalucía desde París entre los años 1903 y 1904. La ruta de su recorrido por tierras andaluzas y las fechas de llegada y salida quedan definitivamente establecidas en este libro. *Mi Rubén Darío (1900-1956)* aporta, por tanto, datos de gran valor para precisar la biografía del poeta.

La recopilación y ordenación de los autógrafos que Rubén regaló a Juan Ramón prestarán una ayuda inestimable a la elaboración de la tan esperada y deseada edición crítica de *Cantos de vida y esperanza*.

Por otra parte, *Mi Rubén Darío (1900-1956)* no es sólo un libro reconstruido sino que Sánchez Romeralo nos

ofrece también un amplio repertorio de notas textuales que esclarecen sus referencias culturales, sociales y filológicas.

En definitiva, los recuerdos de Juan Ramón nos dan una imagen más completa de Rubén Darío. Nos ponen de manifiesto el acendrado hispanismo del poeta, preocupado por el destino de la cultura española, muy alejado de la «torre de marfil» en la que con tanta frecuencia se le ha encerrado. Con esta publicación, Sánchez Romeralo no sólo ha reorganizado y anotado unas memorias y unos estudios críticos sino que también, y tal vez sea lo más importante, ha logrado cumplir uno de los mayores deseos de Juan Ramón Jiménez: rendir un homenaje de amistad y admiración al gran poeta nicaragüense.

PILAR BELLIDO NAVARRO

MACHADO, MANUEL y ANTONIO: *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel. Juan de Mañara*, Edición de Dámaso Chicharro Chamorro, Madrid, Espasa Calpe, «Colección Austral», 1991, 298 págs.

La editorial Espasa Calpe, dentro de la nueva colección Austral, ha decidido afrontar la publicación de la obra dramática de Manuel y Antonio Machado, formada, como es sabido, por siete piezas. El plan comprenderá cuatro volúmenes, de los cuales el primero es el que aquí vamos a comentar.

Atrás quedan, además de otras ediciones de hace varios años, los tres volúmenes de la antigua colección Austral (núms. 260, 706 y 1011), donde se recogían las siete obras machadianas, distribuidas de forma un tanto artificial, ya que su distribución no respondía ni a un criterio temático ni tampoco cronológico.